

vo y lograda eficacia biográfica. Y al decir intento no se ha querido usar la palabra en sentido peyorativo: pues este intento lleva el sello de lo literariamente perdurable y reúne calidades de logro que difícilmente se hallan en muchas pretendidas obras definitivas. Alfonso López se mueve en la prosa de Jaime Paredes con esa hechizante audacia y seguridad de inteligencia y coraje polémico, con que se ha movido a lo largo de veinticinco años de historia colombiana. Paredes, situado en un favorable mirador de imparcialidad —como que pertenece a la vanguardia nacionalista —analiza con cauta admiración y honrado entusiasmo

espectante la extraordinaria peripetia humana y política, de ese magnífico conductor de hombres y discutido creador de ambientes mentales, de climas del espíritu, que es Alfonso López. Yo llamaría la empresa de Paredes una especie de film biográfico. Con todo aquello de sorpresivo, sincopado, sugerente y poético adscrito al cinema. Su prosa está recorrida de temblores nerviosos y relámpagos metafóricos. Este ensayo valeroso, cruzado de intenciones polémicas y de un hermoso fervor nacional, ha situado a Jaime Paredes en una segura y casi solitaria posición entre los prosistas jóvenes de Colombia.

E. C.

Jiménez de Quesada

Por Germán Arciniegas

Germán Arciniegas es uno de los pocos escritores buenos de este país en el que tan extraña idea se tiene de la tinta de imprenta. Desde los primeros ensayos que entregó a la curiosidad literaria del medio y a los que acudió, intrigada, la de buena parte del continente, Arciniegas se reveló como escritor de insuperable sagacidad crítica, dueño de un estilo agradable, sencillo y pulcro, de una manera personalísima de ver los hombres y los hechos y, sobre todo, de una fácil capacidad

para hacer libros. Esta última cualidad —podría objetar alguien— va envuelta en la condición de escritor de Arciniegas; pero no resulta redundante si se atiende a que en Colombia son raros, muy raros, los escritores que para editar un volumen de ciento cincuenta páginas no tienen que acudir al recorte de los artículos publicados en los periódicos sobre asuntos más o menos semejantes. Las obras llamadas de aliento, en las que el tema ni desfallece, ni se muda ni se en-

tremezcla con otros que en nada se relacionan con él, son por desgracia muy escasas en nuestra producción literaria. Tenemos un concepto equivocado del valor de un discurso, de un comentario periodístico, de un mal rato de inspiración y este error se refleja en ese afán de compilar de casi todos nuestros escritores. Germán Arciniegas —en sus dos últimos libros, especialmente— se ha mostrado como escritor completo y capaz de imponerse al tema.

El "Jiménez de Quesada", ha sido escrito con la misma técnica de "América, tierra firme" y "Los Comuneros": agilidad de pensamiento y admirable riqueza verbal. La historia, tan seria, grave y fastidiosa en otras plumas, pierde en la de Arciniegas toda su aspereza, sin que por ello el asunto pierda entidad y degenera en cosa sin trascendencia. Todo lo contrario: la historia se aligera en su realización y permite la intromisión de recursos literarios que le dan amenidad al relato y comprometen hasta el final la atención del lector. Al doblar la última página no se siente la satisfacción del erudito que ha cumplido con el deber de leer íntegramente un libro: se tiene la sensación de una lectura agradable que nos ha dejado admirables y originalmente informados sobre un asunto cuyo estudio nos había parecido antes pesado y tedioso.

Quesada —tal como lo ha pintado Arciniegas— difiere bastante de ese personaje que casi todos tenemos en la memoria y de quien sólo se sabe que fundó a Bogotá, anduvo en la búsqueda del Dorado y murió de horrorosa dolencia en Mariquita. Este don Gonzalo de Arciniegas es un hombre con sus defectos y sus virtudes; un producto de su época, en ciertos aspectos, pero superior a ella en muchos otros; un capitán rebelde pero también un licenciado; un guerrillero pero también un literato; un cristiano que dignificaba sus ocios escribiendo sermones pero también un hombre de mundo que jugaba ventajosamente al amor. A los cuatro siglos de su azarosa existencia el fundador vuelve a vivir sus días. Históricamente al menos ha terminado para él la espera en que tan sabía y discretamente se recogió en el momento del trance mortal. El conquistador se pasea por este libro con la misma arrogancia con que recorrería, hace cuatrocientos años, la villa recién nacida y demandaría en los reales estrados las preeminencias a que le daban derecho sus hazañas resonantes. Bogotá, descontada la magnitud del tiempo transcurrido, ha saldado su deuda con el fundador.

José Ignacio Libreros